

EL DERRAMAMIENTO DE SANGRE

Volumen 1 – Sermón No.118

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 22 DE FEBRERO DE 1857
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***"Sin derramamiento de sangre no hay remisión".
Hebreos 9:22***

Te mostraré tres tontos. Uno es aquel soldado, herido en el campo de batalla, gravemente herido, muy cerca de la muerte. El cirujano está a su lado y el soldado le hace una pregunta. Escucha y juzga su locura. ¿Qué pregunta hace? ¿Levanta los ojos con ansiosa ansiedad y pregunta si la herida es mortal, si la habilidad del practicante puede sugerir los medios de curación, o si los remedios están al alcance y la medicina a la mano? No, nada de eso. Por extraño que parezca, pregunta: "¿Puedes informarme con qué espada fui herido y por qué ruso he sido tan gravemente mutilado? Quiero", agrega, "aprender cada minuto en particular respecto al origen de mi herida". El hombre delira o tiene la cabeza afectada. Seguramente, tales preguntas en ese momento son prueba suficiente de que está privado de sus sentidos.

Hay otro tonto. La tormenta está furiosa, el barco vuela impetuosamente antes del vendaval, el polvo oscuro se mueve rápidamente sobre la cabeza, los mástiles crujen, las velas se rompen en trapos y la tempestad se vuelve cada vez más feroz. ¿Dónde está el capitán? ¿Está ocupado en la cubierta? ¿Está enfrentando el peligro virilmente y sugiriendo hábilmente medios para evitarlo? No, señor, se ha retirado a su cabaña y allí, con pensamientos estudiosos y fantasías locas, está especulando sobre el lugar donde surgió esta tormenta. "Es misterioso, este viento", dice, "nadie ha podido descubrirlo todavía". Y, por lo tanto, la vida de los pasajeros y la suya en grave peligro, solo tiene cuidado de resolver sus curiosas preguntas. El hombre está loco, señor. Toma el timón de su mano. ¡Está limpio, se ha vuelto loco! Si alguna vez corriera por la orilla, encerrarlo como un lunático desesperado.

El tercer tonto, sin duda, lo encontraré entre ustedes. Estás enfermo y herido de pecado, estás en la tormenta y el huracán de la venganza del Todopoderoso y, sin embargo, la pregunta que me harías esta mañana sería: "Señor, ¿cuál es el origen del mal? Está loco, señor, espiritualmente loco. Esa no es la pregunta que haría si estuviera en un estado mental cuerdo y saludable. Tu pregunta debería ser: "¿Cómo puedo deshacerme del mal?" No, "¿Cómo llegué al mundo?", Sino, "¿Cómo voy a escapar de él?" No, "¿Cómo es que desciende el granizo? ¿Paraíso sobre Sodoma?" Pero, "¿Cómo puedo, como Lot, escapar de la ciudad a Zoar?" No,

"¿Cómo es que estoy enfermo?" Sino "¿Hay medicamentos que me sanen? ¿Se puede encontrar un médico que pueda restaurar mi alma a la salud?"

¡Ah, juegas con sutilezas mientras descuidas las certezas! Se han hecho más preguntas sobre el origen del mal que sobre cualquier otra cosa. Los hombres han desconcertado sus cabezas y han retorcido sus cerebros en nudos para comprender lo que los hombres nunca pueden saber, cómo el mal entró en este mundo y cómo su entrada es consistente con la bondad divina. El hecho general es esto: hay maldad. Y su pregunta debería ser: "¿Cómo puedo escapar de la ira venidera, que se engendra de este mal?" Al responder esa pregunta, este versículo se encuentra justo en el medio del camino (como el ángel con la espada, que una vez se detuvo Balaam en el camino a Barak). "Sin derramamiento de sangre no hay remisión".

Tu verdadero deseo es saber cómo puedes ser salvo. Si usted es consciente de que su pecado debe ser perdonado o castigado, su pregunta será: "¿Cómo puede ser perdonado?" Y luego quedará en blanco en los mismos dientes de su investigación, destaca este hecho: "Sin derramamiento de sangre allí no es remisión". Fíjese, esto no es simplemente una máxima judía. Es una verdad mundial y eterna. No se refiere solo a los hebreos, sino también a los gentiles. Nunca en ningún momento, nunca en ningún lugar, nunca en ninguna persona puede haber remisión aparte del derramamiento de sangre. Este gran hecho, digo, está estampado en la naturaleza. Es una ley esencial del gobierno moral de Dios. Es uno de los principios fundamentales que no puede ser sacudido ni negado. Nunca puede haber ninguna excepción. Se mantiene igual en todos los lugares a lo largo de todas las edades: "Sin derramamiento de sangre no hay remisión".

Así fue con los judíos. No tuvieron remisión sin el derramamiento de sangre. Algunas cosas bajo la ley judía podrían limpiarse con agua o fuego, pero en ningún caso en lo que respecta al pecado absoluto hubo alguna purificación sin sangre, enseñar esta doctrina, que solo sangre y sangre, deben aplicarse para la remisión del pecado. De hecho, los mismos paganos parecen tener una idea de este hecho. ¿No ve sus cuchillos sangrientos con la sangre de las víctimas? ¿No ha escuchado cuentos horribles de inmolaciones humanas, de holocaustos, de sacrificios? Y qué significa esto, sino que hay mentiras profundas en el seno humano, tan profundas como la existencia misma del hombre, esta Verdad: "que sin derramamiento de sangre no hay remisión". Y afirmo una vez más, que incluso en el corazón y la conciencia de mis oyentes, hay algo que nunca les permitirá creer en la remisión sin un derramamiento de sangre. Ésta es la gran Verdad del cristianismo y es una Verdad que ahora me esforzaré por fijar en su memoria. Y que Dios por Su gracia lo bendiga a vuestras almas. "Sin derramamiento de sangre no hay remisión".

Primero, permítanme mostrarles el derramamiento de sangre, antes de comenzar a detenerme en el texto. ¿No se trata de un derramamiento de sangre especial? Sí, hubo un

derramamiento de la sangre más preciosa, al que debo referirlo. No os hablaré ahora de matanzas y asesinatos, ni de ríos de sangre de machos cabríos y carneros. Una vez hubo un derramamiento de sangre, que superó por mucho a cualquier otro derramamiento de sangre. Fue un Hombre, un Dios, el que derramó Su sangre en esa temporada memorable. Ven a verlo. Aquí hay un jardín oscuro y lúgubre. El suelo está quebradizo por la fría helada de la medianoche. Entre esos olivos sombríos veo a un Hombre, lo escucho gemir su vida en oración.

Oíd, ángeles, escuchad a los hombres y admiraos. ¡Es el Salvador gimiendo Su alma! Ven a verlo. ¡He aquí su frente! ¡Oh cielos! Gotas de sangre corren por Su rostro y por Su cuerpo. Cada poro está abierto y suda. Pero no el sudor de los hombres que se afanan por el pan. Es el sudor de Aquel que se afana por el Cielo: ¡Él "suda grandes gotas de sangre"! Ese es el derramamiento de sangre, sin el cual no hay remisión. Sigue a ese Hombre más lejos. Lo han arrastrado con manos sacrílegas del lugar de su oración y su agonía, y lo han llevado al salón de Pilato. Lo sientan en una silla y se burlan de Él. Un manto de púrpura se pone sobre sus hombros en burla.

Y fíjate en Su frente, le han puesto una corona de espinas y las gotas carmesí de sangre corren por Sus mejillas. ¡Ángeles! ¡Las gotas de sangre corren por sus mejillas! Pero aparta por un momento esa túnica púrpura. Su espalda está sangrando. Dime que los demonios hicieron esto. Levantan las correas, todavía goteando coágulos de sangre. Azotan y desgarran Su carne y hacen que un río de sangre corra por Sus hombros. Ese es el derramamiento de sangre sin el cual no hay remisión. Todavía no lo ha hecho, lo apresuran por las calles. Lo arrojan al suelo. Clavan sus manos y pies a la madera transversal. Lo levantan en el aire. Lo arrojan a su lugar. Está fijo y allí cuelga: el Cristo de Dios.

Sangre de su cabeza. Sangre de sus manos. ¡Sangre de sus pies! En una agonía desconocida, Él desangra Su vida. En terrible agonía, agota Su alma. "Eloi, Eloi, cojo Sabacthani". ¡Y luego mira! Le atraviesan el costado y al instante sale sangre y agua. Este es el derramamiento de sangre, pecadores y santos. Este es el espantoso derramamiento de sangre, el terrible derramamiento de sangre sin el cual para usted y para toda la raza humana, no hay remisión. Espero que les haya traído mi texto bastante bien, sin este derramamiento de sangre no hay remisión. Ahora me detendré más en ello.

¿Por qué esta historia no hace llorar a los hombres? Lo dije mal, dices. Sí, lo hice. Asumiré toda la culpa. Pero, señores, si se les dijera todo lo mal que los hombres pueden hablar, si nuestros corazones fueran lo que deberían ser, desangraríamos nuestras vidas en el dolor. ¡Oh, fue un asesinato horrible ese! No fue un acto de regicidio. No fue el acto de un fratricidio, ni de un parricidio. Fue ... ¿qué debo decir? Debo hacer una palabra, un deicidio. La muerte de un Dios, la muerte de Aquel que se encarnó por nuestros pecados. ¡Oh, si nuestros corazones

fueran blandos como el hierro, tendríamos que llorar! Si fueran tiernos como el mármol de las montañas, derramaríamos grandes gotas de dolor. Pero son más duros que la piedra de molino inferior. Olvidamos los dolores de Aquel que murió esta muerte ignominiosa, no nos apiadamos de Sus penas, ni consideramos el interés que tenemos en Él como si Él padeciera y cumpliera todo por nosotros. Sin embargo, aquí está el principio: "Sin derramamiento de sangre no hay remisión". Ahora, lo entiendo, hay dos cosas aquí. Primero, hay una expresión negativa: "No hay remisión sin derramamiento de sangre". Y luego hay una implicación positiva, de hecho, con el derramamiento de sangre hay remisión.

1- Primero, digo, aquí hay UNA EXPRESIÓN NEGATIVA, no hay remisión sin sangre, sin la sangre de Jesucristo. Esto es de Autoridad Divina. Cuando pronuncio esta frase, tengo que suplicar a la Divinidad. No es algo de lo que puedas dudar o de lo que puedas creer. Debe ser creído y recibido, de lo contrario, ha negado las Escrituras y se ha apartado de Dios. Algunas verdades que pronuncio, quizás, tienen una base poco mejor que mi propio razonamiento e inferencia, que son de poco valor. Pero esto lo digo, no con citas de la Palabra de Dios para respaldar mi afirmación, sino de los labios de Dios mismo. Aquí está escrito con grandes letras: "No hay remisión".

Entonces, la Divinidad es su Autoridad, quizás la desprecies, pero recuerda, tu rebelión no es contra mí sino contra Dios. Si alguno de ustedes rechaza esta Verdad, no discutiré con ustedes. Dios no quiera que me aparte de proclamar Su Evangelio para disputar con los hombres. Tengo el estatuto irrevocable de Dios para declarar ahora, aquí está: "Sin derramamiento de sangre no hay remisión". Puede creer o no creer muchas cosas que pronuncia el predicador. Pero esto no lo crees a riesgo de tus almas. Es el enunciado de Dios, ¿le dirás a Dios en su rostro que no lo crees? Eso fue impío. Lo negativo es Divino en su Autoridad: inclínense ante él. Y acepta su solemne advertencia.

Pero algunos hombres dirán que la forma en que Dios salva a los hombres, derramando sangre, es una forma cruel, injusta, dura, y todo tipo de cosas dirán de ello. Señores, no tengo nada que ver con su opinión sobre el asunto. Así es. Si tiene alguna falla que encontrar con su Hacedor, pelee sus batallas con Él por fin. Pero presta atención antes de tirar el guante. Se enfermará con un gusano cuando pelee con su Hacedor y se enfermará cuando contiendas con Él. La doctrina de la expiación, cuando se entiende correctamente y se recibe fielmente, es hermosa, ya que exhibe un amor sin límites, una bondad inconmensurable y una Verdad infinita. Pero para los no creyentes siempre será una doctrina odiada. Así debe ser, señores. Odias tus propias misericordias. Desprecias tu propia salvación. Me esfuerzo por no discutir contigo, lo afirmo en nombre de Dios: "Sin derramamiento de sangre no hay remisión".

Y observe cuán decisivo es esto en su carácter: "Sin derramamiento de sangre no hay remisión". "Pero, señor, ¿no puedo perdonar mis pecados con mi arrepentimiento? Si lloro,

suplico y rezo, ¿Dios no me perdonará por mis lágrimas?", "Sin remisión", dice el texto, "sin derramar sangre". "Pero, señor, si no vuelvo a pecar y sirvo a Dios con más celo que otros hombres, ¿no me perdonará él por mi obediencia?" "No hay remisión", dice el texto, "sin derramamiento de sangre". "Pero, señor, ¿no puedo confiar en que Dios es misericordioso y me perdonará sin derramar sangre?" "No", dice el texto, "sin derramamiento de sangre no hay remisión". No, en absoluto.

Corta cualquier otra esperanza. Traiga sus esperanzas aquí y si no están basadas en sangre y estampadas con sangre, son tan inútiles como los castillos en el aire y los sueños de la noche. "No hay remisión", dice el texto, en palabras positivas y sencillas. Y, sin embargo, los hombres tratarán de obtener la remisión de otras cincuenta formas, hasta que su súplica especial se vuelva tan molesta para nosotros como inútil para ellos. Señores, hagan lo que quieran, digan lo que quieran, pero están tan lejos de la remisión cuando han hecho lo mejor que pudieron cuando comenzaron. A menos que confíes en el derramamiento de la sangre de nuestro Salvador y solo en el derramamiento de sangre, no hay remisión.

Y observe nuevamente cuán universal es en su carácter. "¿Qué? ¿No puedo obtener la remisión sin derramar sangre?", Dice el rey y viene con la corona en la cabeza. "¿No puedo, con toda mi túnica, con este rico rescate, obtener el perdón sin el derramamiento de sangre?" "Ninguno", es la respuesta. "Ninguno". Luego viene el hombre sabio, con varias letras después de su nombre: "¿No puedo obtener la remisión de estos grandes títulos de mi aprendizaje?" "Ninguno, ninguno". Luego viene el hombre benevolente: "Me he dispersado mi dinero a los pobres y dado mi generosidad para alimentarlos. ¿No obtendré remisión?" "Ninguno", dice el texto, "Sin derramamiento de sangre no hay remisión". ¡Cómo esto pone a todos nivelados! Mi Señor, usted no es más grande que su cochero. Señor, Escudero, usted no está mejor que John que ara el Ministro, su oficina no le sirve con ninguna exención, su oyente más pobre se encuentra en la misma posición, "Sin derramamiento de sangre no hay remisión".

No hay esperanza para lo mejor, más que para lo peor, sin este derramamiento de sangre. ¡Oh, amo el Evangelio, por este motivo entre otros, porque es un Evangelio tan nivelador! A algunas personas no les gusta un Evangelio nivelador. Tampoco a mi, en algunos sentidos de la palabra. Deje que los hombres tengan su rango y sus títulos y sus riquezas si lo desean. Pero me gusta, y estoy seguro de que a todos los hombres buenos les gusta ver a ricos y pobres reunirse y sentir que están a un nivel.

El Evangelio los hace así. Dice: "Ponga sus bolsas de dinero, no le procurarán remisión. Enrolle su diploma, eso no le permitirá obtener la remisión. Olvídate de tu granja y tu parque, no te harán remisión. Cubre ese escudo, ese escudo de armas no te dará la remisión. Vengan, mendigos harapientos, asqueroso desprecio del mundo, sin dinero. Ven aquí, aquí hay remisión tanto para ti, mal educado como maleducado, aunque seas, para los nobles, los

honorables, los titulados y los ricos. Todos están en un nivel aquí". El texto es universal: "Sin derramamiento de sangre no hay remisión".

Vea también, lo perpetuo que es mi texto. Pablo dijo: "¡no hay remisión!". Debo repetir este testimonio también. Cuando han pasado miles de años, algún ministro puede pararse en este lugar y decir lo mismo. Esto nunca se alterará en absoluto. Siempre será así, tanto en el próximo mundo como en este: no hay remisión sin derramamiento de sangre. "¡Oh! sí", dice uno, "el sacerdote toma el chelín y saca el alma del purgatorio". Esa es una mera presencia. Nunca estuvo adentro. Pero sin derramamiento de sangre no hay remisión real. Puede haber cuentos y fantasías, pero no hay una verdadera remisión sin la sangre de la propiciación.

Nunca, aunque se esforzaron en la oración. Nunca, aunque lloraste hasta las lágrimas. Nunca, aunque gemiste y lloraste hasta que tus corazones se rompieron. Nunca en este mundo, ni en lo que está por venir, se puede obtener el perdón de los pecados en otro terreno que no sea la redención por la sangre de Cristo. Y nunca se puede limpiar la conciencia sino por la fe en ese sacrificio. El hecho es, Amado, que no sirve de nada satisfacer sus corazones con algo menos que lo que satisfizo a Dios el Padre. Sin el derramamiento de sangre, nada aplacaría Su justicia. Y sin la aplicación de esa misma sangre, nada puede purgar sus conciencias.

II. Pero como no hay remisión sin derramamiento de sangre, SE IMPLICA QUE HAY REMISIÓN CON ELLA. Nótelo bien, esta remisión es un hecho presente. Habiendo derramado la sangre, la remisión ya se ha obtenido. Te llevé al jardín de Getsemaní y al monte del Calvario para ver el derramamiento de sangre. Ahora podría llevarte a otro jardín y a otro monte para mostrarte la gran prueba de la remisión. ¿Otro jardín, dije? Sí, es un jardín lleno de muchas reminiscencias agradables e incluso triunfantes. Aparte de las guaridas de este mundo ocupado, en él había un nuevo sepulcro, excavado en una roca donde José de Arimatea pensó que su pobre cuerpo debería ser tendido. Pero allí pusieron a Jesús después de su crucifixión.

Había asegurado a su pueblo y la Ley había exigido su sangre, la muerte lo había sujetado con fuerza. Y esa tumba fue, por así decirlo, el calabozo de su cautiverio, cuando, como el Buen Pastor, dio su vida por las ovejas. ¿Por qué, entonces, veo en ese jardín una tumba abierta y sin techo? Te lo diré. Se pagan las deudas, se cancelan los pecados, se obtiene la remisión. Ese gran Pastor de las ovejas ha sido resucitado de la muerte por la sangre del Pacto Eterno, y en Él también hemos obtenido la redención a través de Su sangre. Ahí, Amado, está la primera prueba.

¿Piden más evidencia? Te llevaré al monte de los Olivos. Contemplantos a Jesús allí con Sus manos levantadas como el Sumo Sacerdote de la antigüedad para bendecir a Su pueblo, y mientras Él los está bendiciendo, Él asciende, las nubes lo reciben de su vista. Pero ¿por qué,

preguntas, oh por qué ha ascendido así y dónde se ha ido? He aquí, Él entra, no al lugar sagrado hecho con las manos, sino que entra al Cielo mismo con Su propia sangre, para aparecer en la presencia de Dios para nosotros. Ahora, por lo tanto, tenemos valentía para acercarnos por la sangre de Cristo. Se obtiene la remisión, aquí está la segunda prueba. Oh, creyente, qué manantiales de confort hay aquí para ti.

Y ahora permítanme recomendar esta remisión derramando sangre a aquellos que aún no han creído. El Sr. Innis, un gran ministro escocés, visitó una vez a un infiel que se estaba muriendo. Cuando vino a él por primera vez, dijo: "Sr. Innis, estoy confiando en la misericordia de Dios. Dios es misericordioso y nunca condenará a un hombre para siempre". Cuando empeoró y estaba más cerca de la muerte, el Sr. Innis fue a él nuevamente y le dijo: "Oh, Sr. Innis, mi esperanza se ha ido. Porque he estado pensando que, si Dios es misericordioso, Dios también es justo. ¿Y si, en lugar de ser misericordioso conmigo, Él fuera justo conmigo? ¿Qué sería de mí entonces? Debo renunciar a mi esperanza en la mera misericordia de Dios. ¡Dime cómo ser salvo!

El Sr. Innis le dijo que Cristo había muerto en el lugar de todos los creyentes, que Dios podía ser justo y, sin embargo, el justificaba por la muerte de Cristo. "Ah", dijo, "Sr. Innis, hay algo sólido en eso. Puedo descansar en eso. No puedo descansar en nada más". Y es un hecho notable, que ninguno de nosotros se haya encontrado con un hombre que pensara que sus pecados fueron perdonados, a menos que fuera por la sangre de Cristo. Conoce a un musulmán Nunca tuvo sus pecados perdonados. Él no lo dice. Conoce a un infiel. Nunca sabe que sus pecados son perdonados. Él dice: "Espero que sean perdonados". Pero él no pretende que lo sean. Nadie tiene siquiera una esperanza imaginada aparte de esto, que Cristo y solo Cristo deben salvar por el derramamiento de su sangre.

Déjame contar una historia para mostrar cómo Cristo salva almas. El Sr. Whitefield tenía un hermano que había sido como él, un cristiano sincero, pero que había retrocedido. Se alejó de los caminos de la piedad. Y una tarde, después de haberse recuperado de su reincidencia, estaba sentado en una habitación en una capilla. Había escuchado a su hermano predicando el día anterior y su pobre conciencia había sido cortada al máximo. Dijo el hermano de Whitefield, cuando estaba tomando el té, "Soy un hombre perdido" y él gimió y lloró y no podía comer ni beber. Dijo Lady Huntingdon, que se sentó enfrente, "¿Qué dijo, Sr. Whitefield?" "Señora", dijo él, "dije, soy un hombre perdido". "Me alegro de eso", dijo ella, "Me alegro de eso".

"Su señoría, ¿cómo puede decirlo? Es cruel decir que está contento de que soy un hombre perdido". "Lo repito, señor", dijo ella, "me alegro de todo corazón". Él la miró, cada vez más asombrado por su barbarie. "Me alegro", dijo ella, "porque está escrito, 'El Hijo del Hombre vino a buscar y salvar lo que se había perdido'". Con las lágrimas rodando por sus mejillas,

dijo: "Qué precioso Sagrada Escritura. ¿Y cómo es que viene con tanta fuerza para mí? Oh, señora", dijo él," señora, bendigo a Dios por eso. Entonces Él me salvará. Confío en mi alma en sus manos. Me ha perdonado". Poco después salió de la casa, se sintió enfermo, cayó al suelo y murió.

Puede que tenga un hombre perdido aquí esta mañana. Como no puedo decir mucho, te dejaré buena gente. No necesitas nada. ¿Tengo un hombre perdido aquí, ¡Hombre perdido! ¡Mujer perdida! ¿Dónde estás? ¿Te sientes perdido? Estoy muy contento de eso. Porque hay remisión por el derramamiento de sangre. Oh pecador, ¿hay lágrimas en tus ojos? Mira a través de ellos. ¿Ves a ese hombre en el jardín? Ese hombre suda gotas de sangre por ti. ¿Ves a ese hombre en la cruz? Ese hombre fue clavado allí por ti. ¡Oh, si pudiera ser clavado en una cruz esta mañana por todos ustedes, sé lo que harían, se caerían y besarían mis pies y llorarían por tener que morir por ustedes! Pero pecador, pecador perdido, Jesús murió por ti, por TI. Y si Él murió por ti, no puedes perderte. Cristo murió en vano por nadie.

¿Eres, entonces, un pecador? ¿Eres condenado por el pecado porque no crees en Cristo? Tengo autoridad para predicarte. Cree en su nombre y no puedes perderte. ¿Dices que no eres pecador? Entonces no sé si Cristo murió por ti. ¿Dices que no tienes pecados de los que arrepentirte? Entonces no tengo a Cristo para predicarte. Él no vino a salvar a los justos. Él vino a salvar a los malvados. ¿Eres malvado? ¿Lo sientes? ¿Estás perdido? ¿Tú sabes? ¿Eres pecaminoso? ¿Lo confesarás? Pecador, si Jesús estuviera aquí esta mañana, extendería sus manos sangrantes y diría: "Pecador, morí por ti, ¿me creerás?" Él no está aquí en persona, ha enviado a su siervo para decírtelo. ¿No le creerás?

"¡Oh!", Pero usted dice: "Soy un pecador". "Ah", dice, "es por eso que morí por ti, porque eres un pecador". "Pero", usted dice: "Sí no lo merezcas". "Ah", dice Él, "es por eso que lo hice". Dile: "Te he odiado". "Pero", dice Él, "siempre te he amado". "Pero, Señor, he escupido a Tu ministro y despreciado Tu Palabra". "Todo está perdonado", dice Él, "todo arrastrado por la sangre que corrió de Mi costado. Solo créeme. Eso es todo lo que pido. Y eso te lo daré. Lo ayudaré a creer". "Ah", dice uno, "pero no quiero un Salvador". Señor, no tengo nada que decirle excepto esto: "¡La ira venidera! ¡La ira venidera!" Pero hay alguien que dice: "¡Señor, no quiere decir lo que dice! ¿Te refieres a predicar a los hombres o mujeres más malvados del lugar?"

Me refiero a lo que digo. ¡Ahí está ella! Ella es una ramera, ha llevado a muchos al pecado y a muchos al infierno. Ahí está ella. Sus propios amigos la han expulsado. Su padre la llamó una prostituta buena para nada y le dijo que nunca debería volver a la casa. ¡Mujer! ¿Te arrepientes? ¿Te sientes culpable? ¡Cristo murió para salvarte y tú serás salvo! Ahí está. Puedo verlo. Estaba borracho. Ha estado borracho muy a menudo. No hace muchas noches escuché su voz en la calle, cuando se fue a su casa a altas horas del sábado por la noche, molestando

a todos. Y también golpeó a su esposa. Él ha roto el sábado. Y en cuanto a jurar, si los juramentos son como hollín, su garganta debe desear barrer lo suficiente, porque ha maldecido a Dios a menudo. ¿Te sientes culpable, mi oyente? ¿Odias tus pecados y estás dispuesto a abandonarlos? Entonces bendigo a Dios por ti. Cristo murió por ti. ¡Cree!

Hace unos días recibí una carta de un joven que escuchó que durante esta semana iba a ir a cierto pueblo. Él dijo: "Señor, cuando vengas, predica un sermón que me quede bien, porque sabes, señor, he oído decir que todos debemos pensar que somos las personas más malvadas del mundo, o si no, no se puede guardar. Intento pensarlo, pero no puedo, porque no he sido el más malvado. Quiero pensarlo, pero no puedo. Quiero ser salvo, pero no sé cómo arrepentirme lo suficiente". Ahora, si tengo el placer de verlo, le diré que Dios no requiere que un hombre se considere el más malvado del mundo, porque eso a veces sería pensar una falsedad. Hay algunos hombres que no son tan malvados como otros.

Lo que Dios requiere es esto, que un hombre diga: "Sé más de mí mismo que de otras personas. Sé poco sobre ellos y, por lo que veo de mí mismo, no de mis acciones sino de mi corazón, creo que puede haber pocos peores que yo. Pueden ser más culpables abiertamente, pero entonces he tenido más luz, más privilegios, más oportunidades, más advertencias y, por lo tanto, aún soy más culpable". No quiero que traigas a tu hermano contigo y digas: "soy más malvado que él es". Quiero que vengas tú mismo y digas: "Padre, he pecado". No tienes nada que ver con tu hermano William, ya sea que haya pecado más o menos. Tu grito debería ser: "Padre, he pecado". No tienes nada que ver con tu prima Jane, se haya revelado o no más que tú. Su tarea es gritar: "¡Señor, ten piedad de mí, pecador!" Eso es todo. ¿Se sienten perdidos? De nuevo, digo:

"¡Ven y bienvenido, Pecador, ¡ven!"

Para concluir. No hay un pecador en este lugar, que sepa que está perdido y arruinado, que puede no tener todos sus pecados perdonados y "regocijarse en la esperanza de la gloria de Dios". Puede, aunque negro como el infierno, ser blanco como El cielo en este mismo instante. Sé que es solo por una lucha desesperada que la fe se apodera de la promesa, pero en el momento en que un pecador cree, ese conflicto ha pasado. Es su primera victoria y una bendita. Deja que este versículo sea el lenguaje de tu corazón, adopta y hazlo tuyo.

***"Un gusano culpable, débil e indefenso
En los amables brazos de Cristo caigo;
Él es mi fuerza y justicia.
Mi Jesús y mi Todo".***